

disoluciones. mirar, nombrar

RICARDO S. LAMPREAVE

Arquitecto y profesor de Proyectos Arquitectónicos en la Escuela de Arquitectura de Alcalá de Henares. Dirige la revista Formas.

te hace más fácil pensar la arquitectura, aunque sea por una captura de un término que no pertenece a ella, que pertenece al arte contemporáneo

N1 Véase "José Morales-Ricardo Devesa. Conversación", en Centro de Artes Escénicas en Nijar. MGM-Morales, Giles, Mariscal: Lampreave, Madrid, 2006, p. 24.

Quisiera sortear la dificultad que tienen estas introducciones para trascender lo que no puede ser más que una concisa aproximación a la obra de unos arquitectos, y también aprovechar su inevitable brevedad e inherente parcialidad, subrayando dos de las características del proceso de trabajo del estudio MGM (José Morales, Sara de Giles y Juan González Mariscal), anteponiéndolas a otras que también podrían explicar convincentemente su quehacer, incluso tal vez con más evidencia.

Primero, algo que suelen resaltar en el razonamiento de sus proyectos: su interés por la obra artística, y especialmente por el sentido de las instalaciones. "[La arquitectura como instalación] te hace más fácil pensar la arquitectura, aunque sea por una captura de un término que no pertenece a ella, que pertenece al arte contemporáneo. Te desprendes de la reflexión teórica sobre el objeto o sobre el lenguaje. Ellos parten de lo más concreto que hay allí y eso puede ser una medida, o un suelo que te has encontrado, o un tipo de iluminación. La arquitectura instalada en el fondo intenta arraigarse en lo que está absolutamente desarraigado. Te has encontrado un sitio deshecho, un paisaje sin lógica ninguna, transformado y sometido a la vida contemporánea, al presente tan efervescente de la producción económica y diaria de las cosas"^{N1}. Años después de haber pensado que eran los artistas quienes nos estaban raptando el espacio, intereses como el expresado –en este sentido, cada vez más frecuentes– plantean una nueva simbiosis. Hay en muchos de los trabajos de estos artistas, en concreto en los invocados por MGM, una utilidad bien aprovechable, como desvela la eficacia de sus proyectos. Así, no es casualidad que expliquen Nijar mirando los *Sun Tunnels* de Nancy Holt; que articulen las viviendas de Cádiz proyectando el vacío que dejan, según muestran las maquetas que remiten a Bruce Nauman o Rachel Whiteread –véase en este mismo número el artículo de Eduardo Vivanco–; que remitan el proyecto para la sevillana plaza de las Libertades a uno de los cuerpos impresos de Yves Klein, o que apelen a Chillida y Noguchi en su último concurso ganado, un edificio para Portos de Galicia en Santiago de Compostela. Sin embargo, buena prueba de que sólo se trata de una de las cristalinas facetas que plantea su obra, rápidamente resuena en cualquier resquicio, sea cual sea la ocasión, otro eficaz instrumento para su obra: "la captura de un término" decía Morales en el anterior extracto.

Que el premio FAD a la recién instituida categoría "Pensamiento y Crítica" haya recaído en José Morales y su libro *La disolución de la estancia* –que ya reseñó esta revista en su número 343–, además de lo que pueda comportar de consolidación del proyecto personal de su autor, reafirma definitivamente la capacidad de su generación, la que frisa ahora la cincuentena, para presentar un perfil de constructores y escritores donde tan importantes son las obras que construyen como los textos que escriben.

A la impagable generación de profesionales "ágrafos" –así los denominó Fullaondo– que dejaron en las aulas durante tantos años la experiencia de su trabajo de reconquista, le sucedió otra más escorada hacia posiciones estrictamente académicas y críticas. Y a ésta, otra –ésta de José Morales– que ha aprendido en las Escuelas tanto de los últimos años de aquellos como de los años iniciales de sus sucesores, aprovechando una oportunidad singularmente equilibrada. Además, enseguida vio definidos, ya fuera de las aulas, los vértices que hoy delimitan el campo de maniobras de la arquitectura. En un extremo, la vigente primacía de los procesos fue sancionada por Rafael Moneo al presentar en 1991 su lectura del pabellón norteamericano de la Bienal de Venecia, dedicado a Peter Eisenman y Frank Gehry, explicando el sentido de los materiales expuestos: "Este desplazamiento cuasi-ontológico hacia el objeto, que lleva a presentarlo como el único protagonista de la escena, trae consigo, como inmediata consecuencia, una cierta sacralización del método. Se ofrecen los resultados, los hechos consumados a que da lugar su empleo, ante los que sólo cabe la satisfacción que produce la inmediata presencia. Al método, por tanto, toda gloria. Con él puede conquistarse el mundo. El método es garantía de acción. Conocer no es otra cosa que poder actuar, lo que en arquitectura, en última instancia, es construir. (...) Lo que debe quedar claro, sin asomo de duda, es que hoy la cultura arquitectónica americana domina la producción del objeto, es capaz de ofrecer respuesta adecuada a la construcción de cualquiera que sea edificio sin alterar los medios, aceptando las condiciones que la tecnología, y en último término la industria, imponen". En el otro, pero ratificando la ineludible exigencia de "construido" exigible a ese conocimiento, Mark Wigley establecía en 1988, en el prefacio del catálogo de la exposición *Deconstructivist Architecture* en el MoMA de Nueva York: "Hoy sólo se puede hacer crítica en el campo de la construcción y a

través de ella: para afrontar el problema de la arquitectura los arquitectos han de afrontar el problema de la construcción; el objeto arquitectónico es ahora la sede de cualquier cuestión teórica". Sólo deberá ser así, conjugar la arquitectura con el indicativo presente, no futuro, como acción, construcción "en última instancia", y no sólo ensoñación.

Tras dos generaciones más extremadas, las palabras de estos penúltimos arquitectos –sus escritos– han adquirido por tanto una importancia decisiva en la comprensión y comunicación de su arquitectura, la contemporánea. Por estar dichas y escritas "desde dentro", sin ellas, sin ellos, resulta difícil pensar que puedan comprenderse en su integridad las obras que hoy se producen.

Quizás no sepamos nunca el alcance que pueda tener lo que nombramos, ni tampoco cómo lo hacemos. Las cosas también existen fuera de su nombre. Mientras que los hombres reciben al nacer un nombre y un apellido propios, y luego cumplen con ellos, o los contradicen, o los borran, o los modifican, las cosas no se deben a su nombre así. Pueden existir durante años, mudas, sin ni siquiera denominación. A la inversa, muchas veces hay un nombre que está ahí, que las espera en silencio, un nombre que quizás haya que inventar, que encontrar, que capturar, como los sabios y los poetas. Encontrar ese nombre, o después utilizarlo, conlleva la comprensión de esa cosa, exige su pensamiento.

En este sentido, es sencillo constatar el valor que otorga MGM al nombrar. El caso de José Morales es ejemplar por sus especiales e insistentes demostraciones. Por seguir refiriéndome a lo último, al libro galardonado, se aprecia bien cómo la interpretación de esas transformaciones domésticas anunciadas en el subtítulo del libro está dirigida hacia la idea de "disolución", obsesivamente perseguida por los textos de Morales y las obras de MGM. "La casa se desmonta frente al paisaje", dijeron de la casa Herrera; "el proyecto pretende desvirtuar la idea de ciudad en manzana cerrada contenida en el plan", de las viviendas en San Jerónimo. En la conversación con Ricardo Devesa, Morales se refiere expresamente a esta predilección por el concepto de disolución, "entendiendo que la obra no tanto se piensa a través de un volumen, una geometría, una estructura, sino que empieza a disolverse, se desintegra, merced a rescatar tantísima información que está allí, precisamente por atrapar motivos o razones. (...) planteamos que un paisaje fuera la obra ya en sí, no camuflando, pero sí subvirtiendo completamente las naturalezas, las tectónicas, el concepto de espacio, el de escala". Es cierto que el libro toma el título del capítulo dedicado a Coderch, pero no es menos que la cuenta de correo electrónico de MGM se denomina precisamente "disoluciones". Para alguien que contribuyó a elaborar el *Diccionario Metápolis de Arquitectura Avanzada*, la elección de un término u otro no puede suponer un asunto baladí. Tanto es así que en una de las conversaciones mantenidas con MGM, José Morales justificaba el proverbial desorden con que las cosas se amontonan en su estudio, ansiando que los libros, las revistas, las fotografías... lograran dirigirse la palabra para sugerir algún término más, antes de que se le murieran ordenados en alguna estantería: "Tú, en la mesa de trabajo, estás llamado a una reunión. Y si en una reunión no hay nadie, es imposible hacer nada. Los asistentes son todos los objetos que hay encima de la mesa. A veces algunos tienen memoria, pero normalmente ni siquiera tienen una trascendencia que va más allá de lo que significa que aquello esté allí, que pueda servir para establecer relaciones de unas cosas con otras, y funcionar a nivel de indicios" ^{N2}. Qué harán las cosas cuando no las miramos, podría haberse preguntado tal como ya hizo Saramago.

Por último, leyendo las memorias de las obras y proyectos que este número de *Arquitectura-COAM* publica, uno repara pronto en que están escritas utilizando la primera persona del plural, y que varias veces anuncian expresamente la utilización de nombres y vocablos. Así, por ejemplo, podemos leer: "... a través de las aperturas a las que nosotros denominamos 'bocas'..."; "... denominaremos los 'Cerros de Úbeda'..."; "... lo que denominaremos 'patio de manzana verde'...", etc. Además, escuchándoles contar sus proyectos, sus explicaciones no dudan en recurrir a términos que logran aumentar la expresividad de sus ideas: de Níjar son las "vendas"; de Cádiz, "una funda dentro de otra"; en Ceuta, en el Monte Hacho, sus viviendas European, para explicar las corbuserianas alegrías esenciales que son, serán sólo sus "huesos". ¿Qué cabe entonces esperar de la utilización de una palabra? Todo, pues así lo demuestran. ¿Y de quienes usan con tanta profusión la palabra "disoluciones"? Para empezar que las construyan. Si el nombrar es la forma ideal o hipotética de construir algo, también puede serlo de construir una arquitectura.

la obra no tanto se piensa a través de un volumen, una geometría, una estructura, sino que empieza a disolverse, se desintegra

^{N2} Véase "José Morales. Viernes 2 de abril de 2004, 1:52 p.m.", en Ricardo S. Lampreave (ed.), *Lápices, ratones, brújulas*: Colegio de Arquitectos de Cádiz, Cádiz, 2004, p. 36.

estás llamado a una reunión. Y si en una reunión no hay nadie, es imposible hacer nada. Los asistentes son todos los objetos que hay encima de la mesa